

ANTONIO ROBLES EGEA (ED.)

LA SANGRE DE LAS NACIONES.  
IDENTIDADES NACIONALES  
Y VIOLENCIA POLÍTICA

GRANADA  
2 0 0 3

LA RED TERRORISTA: SUBCULTURA  
DE LA VIOLENCIA Y NACIONALISMO EN EUSKADI

Francisco J. LLERA RAMO

El terrorismo, sea cual sea su matriz ideológica o política, bebe en, vive de y genera una subcultura de la violencia que le suministra motivaciones y discurso, le permite estructurar sus redes sociales de cooptación y apoyo y, sobre la inoculación del miedo, impacta sobre la moral del tejido social, las élites políticas, los medios de comunicación y las propias instituciones. Su gran meta es imponer fácticamente sus objetivos políticos, obligando a toda la sociedad y sus instituciones a interiorizar su guerra para resolverla, si no por la derrota de éstas, al menos por el armisticio del desistimiento de aquella. En el caso del terrorismo nacionalista es imprescindible la creación, segregación y enfrentamiento comunitario a base de una continua y penetrante dialéctica de la confrontación nosotros-ellos, amigos-enemigos, patriotas-extranjeros, los nuestros-los otros, fieles-infieles y así, sucesivamente. Es esta dialéctica del enfrentamiento comunitario la que requiere y genera una subcultura comunitarista de la violencia.

Dejamos de lado en este trabajo cuestiones relacionadas con la trama organizativa del terrorismo, la sociología y las motivaciones de sus activistas o las características de sus estrategias, estrictamente, militares. No lo hacemos porque no las consideremos de máxima importancia, sino para centrarnos y acotar el componente subcultural de su principal recurso: la violencia para producir terror y miedo.

Para definir los perfiles de esta subcultura de la violencia es imprescindible tomar en consideración un conjunto de dimensiones, que definimos someramente. En primer lugar, la presencia cotidiana y física de los daños del terrorismo y la violencia colateral, de cuyo volumen y de la sociología de sus objetivos depende el impacto sobre el tejido social. En segundo lugar, la evaluación de tales impactos, tanto en términos económicos (estragos, extorsión, incertidumbre de los inversores, expulsión de emprendedores y redes de blanqueo del negocio terrorista), como en términos sociales (miedo cotidiano, inseguridad, sensación de impunidad de los violentos, pérdida de libertades públicas, cesión de espacios públicos y simbólicos). En tercer lugar, el impacto político e institucional, que implican las cesiones políticas ante el chantaje antisistema, la ruptura del consenso democrático, la pérdida de derechos y libertades democráticas, la inversión y perversión de valores y conceptos políticos, la degradación de las relaciones interpartidistas y la polarización política, el intercambio u obtención de réditos basados en la presión violenta o la propia deslegitimación institucional. En cuarto lugar, las redes sociales, en forma de círculos concéntricos, de apoyo, justificación y difusión del miedo terrorista. Finalmente, la comunión de objetivos, definiciones de la realidad, imaginarios colectivos, conceptos, espacios sociales, actitudes, valores, símbolos, rituales y estrategias de acción.

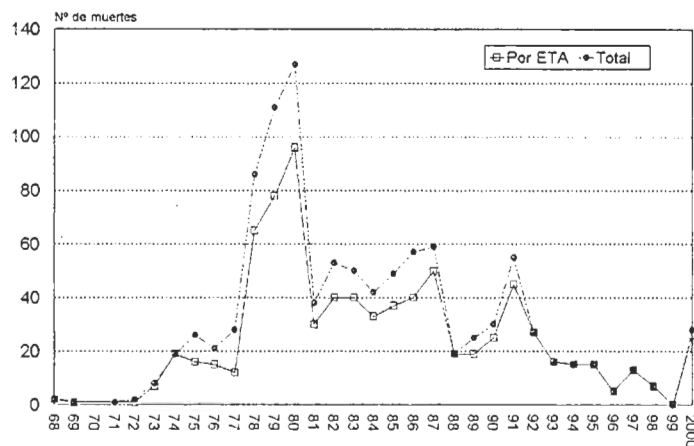
Abordar de una forma sistemática y empírica todas estas dimensiones constituye un auténtico e ingente programa de investigación, que tenemos en marcha y que es impensable abordar en los límites de este trabajo. Sin embargo, sí vamos a intentar desbrozar este vasto territorio con algunos diagnósticos provisionales.

## 1. EL TERROR: PLOMO EN LAS ALAS DE UN PAÍS

Después de más de treinta años, como muestra el Gráfico 1, el terrorismo de ETA con sus casi 800 asesinatos desde 1968 adquiere un especial protagonismo en la vida política vasca y española, siendo el responsable directo del 80% de las casi mil muertes producidas por el terrorismo y la violencia política en nuestro país desde la restauración de la democracia y quedándose, prácticamente, en solitario en la última década. En los años de la transición democrática e inicio del autogobierno (78-80) se producen un tercio de los asesinatos perpetrados por esta organización desde esa fecha y más del 40% de los secuestros, en una pretensión desesperada de torcer el proceso democratizador o, cuando menos, de impedir su arraigo y legitimación social. La intentona golpista de 1981 y los primeros gobiernos socialistas atemperaron su actividad mortífera hasta el incremento de la misma en las fechas previas a las conversaciones de Argel. El fracaso de éstas y el acuerdo de Ajuria-Enea entre los partidos democráticos vuelven a desactivar esta estrategia mortífera hasta los prolegómenos de los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Expo de Sevilla, cuya espectacularidad internacional anima a los terroristas a acelerar su capacidad de presión para llevar al gobierno a la mesa de negociación. Sin embargo, la contundente acción policial francesa, que tiene su punto álgido en la detención de la cúpula terrorista en Bidart, limita seriamente su capacidad operativa a partir de esta fecha, situándose en los niveles previos al inicio de la transición democrática en esta última legislatura socialista. El año de la alternancia del PP el terrorismo encuentra serias dificultades para actuar, aunque cambiará la selección de sus objetivos en un año de reactivación, previo a su «tregua» unilateral del otoño de 1998 y que se extenderá a lo largo del año siguiente, mientras tuvo vigencia el llamado pacto de Lizarra-Garazi entre los partidos nacionalistas vascos. El final de este corto período de in-

actividad mortífera, utilizado para su reorganización y acopio de arsenales, nos ha vuelto a poner en un escenario de muerte similar a la situación previa a su descabezamiento de principios de los noventa.

Gráfico 1: Muertos en acciones terroristas en España (1968-2000)



No hay sector social, si exceptuamos el clero de la Iglesia Católica, que no haya sido afectado por los objetivos mortíferos de los terroristas. Las fuerzas de seguridad del Estado han sido el objetivo preferido, engrosando más del 40% de la nómina de los asesinados, a los que hay que incorporar en los últimos años las víctimas de la Ertzantza. Un tercio de las víctimas se producen entre civiles, ya sean casuales o «colaterales» (familiares de la víctima, asesinatos masivos como el de Hipercor o los coches bomba, etc.), ya sean seleccionados entre determinadas profesiones o grupos sociales (periodistas, profesores, profesionales de la justicia u otros). Los militares han aportado más del 10% de las víctimas, sobre todo en las primeras décadas. Los políticos de distinto nivel,

sobre todo en el País Vasco, y de los partidos autonomistas nacionales (UCD, PSOE y PP) han sumado algo más del 2% de las víctimas. Finalmente, los empresarios son el 1% de los asesinados, aunque el objetivo principal de los secuestros y de la extorsión.

Sin embargo, aunque el impacto más dramático siempre es el que producen los asesinatos, con su rosario de familias rotas (miles de viudas, padres, hermanos, amigos, compañeros y, sobre todo, más de 3.000 huérfanos), el terrorismo tiene otras muchas formas de presencia y presión social. En el siguiente Cuadro 1 mostramos la contabilización de acciones violentas del entorno de ETA y las víctimas en acciones terroristas desde 1978.

CUADRO I  
ACCIONES VIOLENTAS DEL TERRORISMO EN ESPAÑA, 1978-2000

AÑO	Acciones violentas (*)	Secuestros	Muertos por ETA	Muertos por Ext. Dcha	Muertos por GAL	Muertos por otros	Huelgas convocadas
1978	178	4	65	8	..	13	1
1979	234	13	78	22	..	11	2
1980	192	10	96	29	..	2	..
1981	147	6	30	4	..	1	2
1982	103	6	40	1	..	12	..
1983	119	6	40	..	2	8	..
1984	325	..	33	..	9	..	4
1985	307	3	37	..	11	1	2
1986	315	2	40	..	2	15	..
1987	133	1	50	..	1	8	..
1988	290	1	19	..	..	..	..
1989	437	1	19	1	..	5	1
1990	294	..	25	..	..	5	..
1991	307	..	45	..	..	10	..
1992	612	..	27 (1)	..	..	..	1
1993	486	1	16 (2)	..	..	..	..
1994	336	..	15 (3)	..	..	..	..
1995	981	2 (1)	15	..	..	..	..
1996	1.190	2 (1)	5	..	..	..	..
1997	1.038	.. (2)	13 (2)	..	..	..	..
1998	519	..	7 (1)	..	..	..	..
1999	344	..	..	..	..	..	..
2000	751	..	26(3)	..	..	2	..
TOTAL	9.638	57	741	65	25	96	14

\* Incluye: Bombas, sabotajes, robos, acciones de los comités de apoyo y otros actos violentos, sean de ETA o del MLNV.  
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos tomados de Miguel Castelló (1982: 380); Andrés Casinello (1984: 265-308); Gestoras Pro-Amnistía, José L. Pinuel (1986). Anuarios de Egin (1977-1990), Ministerio del Interior y Vasco Press.  
(x) Terroristas muertos en acciones terroristas o policíacas.

ETA ha secuestrado a más de sesenta personas desde 1970, siendo mayoritariamente empresarios, como una forma de presión para reforzar su estrategia de extorsión y de recaudación de recursos financieros. Siete de estos secuestros han acabado en asesinatos, el último de los cuales ha sido el del concejal popular de Ermua, Miguel Angel Blanco, en 1997. El empresariado, además del objetivo principal de los secuestros, lo es de buena parte de los sabotajes con bombas y, sobre todo, del chantaje de los mecanismos de extorsión económica claramente mafiosos (el llamado «impuesto revolucionario»). Además, el ataque a las personas o los intereses empresariales, junto con el asesinato de ertzainas, es la forma indirecta con la que ETA presiona al nacionalismo gobernante.

Simultáneamente, ETA y su red organizacional violenta han causado más de 10.000 acciones violentas en forma de bombas, sabotajes, robos, incendios, destrucción de mobiliario urbano y transportes públicos, así como agresiones e intimidaciones de todo tipo. Esta estrategia de acompañamiento terrorista de ETA y su red ha adquirido una especial intensidad a partir de 1995 (el 40% de este tipo de acciones se producen entre esta fecha y la firma del pacto de Lizarra-Garazi). En estos últimos años la red terrorista logra reforzar su estrategia de «kale borroka» (lucha callejera), que no es otra cosa que una forma de terrorismo difuso, como sustitución de su incapacidad operativa para matar después de los golpes policiales de principios de los años noventa. Esta forma de terrorismo de sabotaje, junto con la violencia antiempresarial y los ataques a la Ertzantza, ha sido la vía con la que ETA ha presionado al tejido civil del nacionalismo gobernante para forzarle a sellar el pacto de Lizarra-Garazi.

Con ser el terrorismo y la violencia de inspiración nacionalista la más persistente e impactante, tampoco podemos olvidarnos de la violencia generada por los grupos contraterroristas y de extrema derecha, que han producido casi un centenar de muertos, sobre todo en las primeras décadas. Las con-

secuencias humanas, también en términos de detenciones, personas encarceladas y víctimas y familias del entorno terrorista afectadas, de una u otra manera, aunque son difícilmente cuantificables, es fácilmente deducible que se cuentan por miles. A pesar de todo, su estructuración social está caracterizada por la sensación de impunidad y por la autorización de un movimiento social que les incentiva ideológicamente e, incluso, unas instituciones, cuyo garantismo les ampara. Además de la cobertura ideológica del nacionalismo, cuentan y se benefician de una difusa solidaridad antirrepresiva, que les permite moverse con absoluta soltura. El ejemplo lo tenemos en la tolerancia, y hasta la prestancia social, con la que se mueven organizaciones como las *Gestoras pro Amnistía* o la asociación de familiares de presos *Senideak* y las continuas movilizaciones, campañas y cuestaciones a favor de los presos, en su mayoría condenados por delitos de terrorismo.

Por el contrario, la sociología de las víctimas, directas o indirectas, de la red del terrorismo nacionalista se caracteriza por el olvido, el chantaje, la indefensión, el estigma, si no la persecución. El propio movimiento terrorista ha puesto en marcha en los últimos años su estrategia de «socialización del sufrimiento», que, combinada y contemporánea de la «kale borroka», no es otra cosa que la violencia de persecución de amplios sectores sociales que se han rebelado contra su tiranía. A los políticos (sobre todo, concejales) del PP y del PSOE, servidores del orden o empresarios, se unen hoy todos aquellos sectores sociales que les han hecho frente públicamente: periodistas, intelectuales, profesores, personal de la Administración de Justicia, sindicalistas, pacifistas, entre otros. La selección de objetivos tiene una clara connotación de «limpieza étnica», toda vez que, desde su definición etnicista de la construcción y los intereses nacionales, busca acallar cualquier voz autonomista, predefinida como «colonizadora, opresora y antivasca», o cualquier tibieza nacionalista contemporizadora con una visión abierta y plural de lo vasco. Esto ha llevado y

lleva a que miles de vascos (empresarios, profesionales, militantes políticos, intelectuales, ciudadanos sin más y, últimamente, jóvenes que no tienen horizonte aquí) tengan que abandonar el país en un exilio casi secreto. Lo hacen porque no quieren verse abocados a tener que vivir escoltados, mirando cada mañana debajo de sus coches, sospechando de los vecinos o cambiando de rutinas cada día, si no de domicilio, como les sucede a miles de «apestados», que no quieren o no pueden abandonar sus cosas camino del exilio.

A la sangría en vidas humanas, destrucción y estragos, extorsión e incertidumbre económica, cuyos efectos económico-financieros están por evaluar, hay que añadir la pérdida de libertad y derechos fundamentales de una parte importante y relevante de la ciudadanía y, peor aún, la perversión moral e institucional de una sociedad que, si no saca ventaja de esta situación, al menos mira para otro lado por no sentirse concernida. El dato más significativo es que la violencia no salta a la primera posición de las preocupaciones de los vascos hasta la primavera de 2001. Si durante los años ochenta y primeros noventa, antes de la extensión del terrorismo callejero, el problema de la violencia solo ocupaba la primera preocupación de algo menos de uno de cada cinco vascos, en el año 1996 ya lo era de uno de cada tres, para situarse por encima del 40% después de las últimas elecciones autonómicas.

## 2. EL TERRORISMO ES NACIONALISTA: PRINCIPIOS, OBJETIVOS Y APOYOS

Las dificultades ideológicas del integrismo sabiniano de hace un siglo para asumir los requisitos y las consecuencias de la democracia en una sociedad plural se agudizan en la hora presente. A las tensiones crónicas entre radicales y moderados o, de otro modo, entre autoritarios y demócratas en el seno del nacionalismo vasco, se añaden un siglo después la lógica diferencia

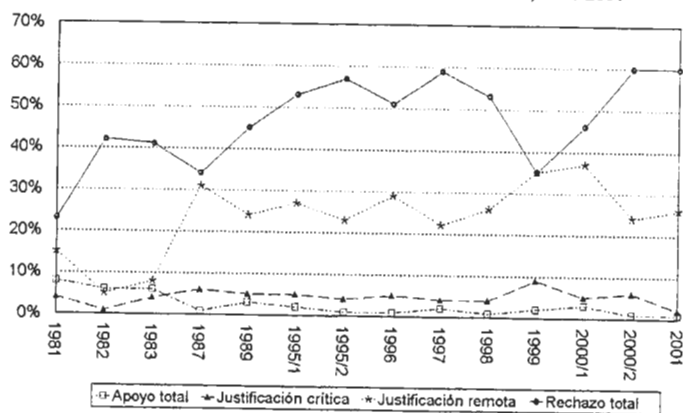
entre violentos y pragmáticos, todos ellos empeñados en competir y encarnar la interpretación auténtica de las ideas fundacionales, antes que revisarlas o adaptarlas a las nuevas condiciones de la democracia pluralista en una sociedad moderna.

Y es que una ideología, claramente etnicista, que está dispuesta a seguir situando supuestos *sujetos colectivos o valores eternos* por encima de los derechos individuales de los ciudadanos concretos de carne y hueso y, sobre todo, el derecho a la vida y a la libertad de expresión, genera necesariamente actitudes y comportamientos autoritarios y totalitarios, incompatibles con los valores y las reglas del juego de la democracia.

Esta, y no otra, es la auténtica encrucijada en la que viven las distintas versiones del nacionalismo vasco: totalitarismo o democracia, etnicismo o pluralismo. Tal encrucijada no se sustancia solo en la cuestión de los medios, terroristas o no, sino también en la comunión de principios/fines, que, por su carácter autoritario, son en sí mismos semilla de violencia y de imposición antidemocrática. En el origen sabiniano hay tres principios básicos, que, llevados al extremo como hace el nacionalismo radical en general y la red terrorista en particular, son incompatibles con la democracia. El primero hace referencia a la definición etnicista de lo vasco, que hace a la nacionalidad vasca, sagrada y ancestral, incompatible con la española, accesoria e impuesta recientemente, promoviendo sentimientos de lealtades contrapuestas. El segundo se vincula al carácter agónico de lo vasco y su quintaesencia, el euskera, oprimidos y colonizados por lo español y su vehículo principal, el castellano, hasta el punto de que para que lo primero subsista es imprescindible desterrar lo segundo. El tercero desarrolla una concepción del Estado, democrático o no, como extranjero, por español, que ocupa militarmente el solar vasco, contra el que únicamente cabe rebelarse para instaurar el verdadero Estado vasco. La guerra civil y la Dictadura, con la ayuda legitimadora de la Iglesia vasca, hicieron verosímil el discurso más radical del nacionalismo, siendo ETA la encargada de coger el relevo del mismo.

Durante años, como muestra el siguiente Gráfico 2, la sociedad vasca titubeó, si no ante el apoyo, si ante el rechazo frontal del terrorismo de ETA. En 1981 el rechazo total solo lo expresaba una escasa cuarta parte de los vascos, frente a ellos se situaban en una serie de círculos concéntricos el 27% de los vascos que la apoyaban de forma más o menos crítica o remota. Así, el núcleo duro lo formaban el 8% que la apoyaban sin fisuras, el siguiente anillo era el de los que la comprendían a pesar de los errores (4%), el tercer círculo lo engrosaban los que compartían sus fines discrepando de sus métodos violentos (3%) y, finalmente, el último círculo era el de los que la veían justificada en la Dictadura pero no en democracia (12%). Entre esos dos mundos se situaba casi la mitad de los vascos que no emitían una opinión al respecto, ya fuese porque no la tuviesen o porque no se atreviesen a expresarla.

Gráfico 2: Evolución de la actitud ante ETA en la CAV, 1981-2001



Esta situación empieza a cambiar en la mitad de los ochenta, se estanca con las expectativas abiertas en Argel, comienza a decantarse por el rechazo a partir del pacto de Ajuria-Enea, se invierte la tendencia durante el año y pico de vigencia del pacto de Lizarra-Garazi y se vuelve reafirmar el rechazo en torno a un máximo del 60% tras el fracaso de éste y la vuelta a los asesinatos de ETA. Lo más nítido es que la indefinición casi desaparece a partir de la mitad de los noventa, coincidiendo con la extensión del terrorismo callejero, al tiempo que se mantienen los mismos círculos concéntricos de apoyo, aunque con oscilaciones importantes y muy significativas (desde el 12% en 1982 hasta el 46% de la última tregua de ETA). Es clara la reducción del apoyo explícito con muy pocas oscilaciones, manteniéndose la justificación crítica e incrementándose, tanto la comunión de fines, como la justificación remota. Estos círculos concéntricos de apoyo/justificación son un indicador empírico bastante útil para comprobar la existencia y difusión de la subcultura de la violencia de la que hablamos.

La gravedad de este momento histórico, por lo tanto, no se circunscribe sólo al azote de las acciones terroristas, es decir la utilización de los métodos violentos, sino también a la existencia de una subcultura nacionalista de la violencia y a las prácticas que de ella se derivan, incompatibles con los valores democráticos, que se sirve instrumentalmente de las instituciones democráticas en las que no cree pero ocupa y que desborda los límites sociológicos y partidarios de los que apoyan o se identifican explícitamente con los terroristas, como podemos comprobar en el siguiente Cuadro 2.

Cuadro 2: ACTITUD ANTE ETA DE LOS ELECTORADOS VASCOS DE 1998

	EA %	EH %	IU %	PNV %	PP %	PSE %	UA %	ABST %	TOTAL %
Apoyo tot.	14	8	-	-	-	-	-	-	1
Acuerdo crít.	8	33	-	1	-	-	-	3	6
Fines/meds.	23	40	11	15	-	-	-	9	13
Antes sí	13	4	16	19	5	12	-	13	11
Indiferente	-	1	-	1	2	-	-	4	2
Miedo	-	-	1	4	7	6	-	2	3
Rechazo tot.	51	5	69	57	85	79	100	66	60
NS/NC	4	9	3	3	1	3	-	-	4
n	107	223	73	347	254	217	13	231	1800

Fuente: Euskobarómetro 2000/2

Como se puede comprobar, a finales del año 2000, una vez reiniciada la actividad mortífera de los terroristas, el rechazo frontal a ETA era mayoritario en el conjunto de la sociedad vasca (60%), siendo los electorados autonomistas los que superaban claramente ese promedio (desde el 100% de los votantes de UA hasta el 69% de los de IU), mientras que entre los electorados de los partidos del nacionalismo gobernante esta opción, mayoritaria también, era menos intensa (entre el 51% de EA y el 57% del PNV). Frente a esta actitud mayoritaria de rechazo, el núcleo duro de la justificación (algo menos de uno de cada diez vascos), más o menos crítica, aglutinaba a casi la mitad del electorado de EH con sectores muy minoritarios del nacionalismo gobernante. Sin embargo, donde la subcultura de la violencia se esponja es en los sectores del nacionalismo e IU que decían compartir los fines (¿los principios?), pero no los medios de ETA, algo más del 10% de los vascos (entre el 11% del electorado de IU y el 40% del de EH). Al mismo tiempo, existía otro diez por ciento, que se reparte en todos los electorados, que decía que ETA antes estaba justificada, pero ahora no, lo que indica una justificación remota vinculada a la Dictadura, que tanto gustan recordar determinados sectores del nacionalismo vasco. Este rasgo subcultural compartido por gran parte de la oposición antifranquista, por el que se justificó el terrorismo como forma de lucha legítima contra la Dictadura, sigue presente en

buena parte de los perfiles actitudinales y de socialización ligados al terrorismo.

En pleno cese de las acciones terroristas de ETA (lo que ellos llamaban *tregua* y que era compatible con la permanencia del terrorismo callejero), al final de 1999, les preguntábamos a los vascos por sus opiniones sobre los activistas de ETA, obteniéndose el siguiente Cuadro 3, comparativo de los juicios de nacionalistas y no nacionalistas.

Cuadro 3: OPINIONES DE LOS VASCOS SOBRE LOS ACTIVISTAS DE ETA SEGÚN SU SENTIMIENTO NACIONALISTA

	NACIONALISTAS	NO NACIONALISTAS	TOTAL
	%	%	%
Patriotas	24	3	13
Idealistas equivocados	42	30	36
Fanáticos desalmados	10	12	10
Terroristas	11	35	23
Asesinos	3	12	8
NS/NC	10	8	13
n	637	689	1400

Fuente: Euskobarómetro 1999/2

Los vascos se vienen dividiendo en partes casi iguales entre los que se sienten nacionalistas o no de forma subjetiva. De la lectura de sus opiniones de finales de 1999, podemos deducir que la actitud justificatoria o solidaria de algo más de uno de cada diez vascos con los terroristas, al calificarlos de *patriotas*, se concentraba en una cuarta parte de los que se sentían nacionalistas. Si a éstos añadimos la actitud complaciente de los que los consideraban *idealistas* (algo más de un tercio del total de los vascos y más del 40% de los nacionalistas), vemos que las opiniones positivas las sostenían dos de cada tres nacionalistas frente a uno de cada tres no nacionalistas. Por el contrario, las calificaciones negativas (*asesinos*, *terroristas* y



fanáticos), que aglutinaban al 41% de los vascos, se concentraban, sobre todo, entre casi dos de cada tres no nacionalistas frente a uno de cada cuatro nacionalistas.

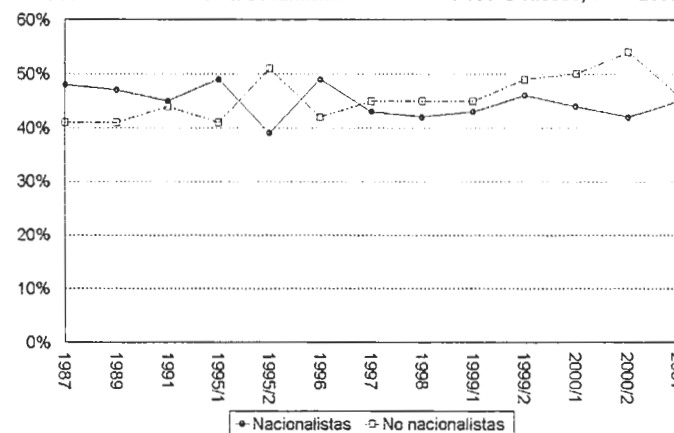
Además de esta diferencia clara, entre nacionalistas y no nacionalistas, en la actitud ante los terroristas, se puede destacar el efecto narcotizante de la llamada tregua, si comparamos la evolución de este indicador con el dato disponible a finales de 1996. Las valoraciones negativas, abrumadoramente mayoritarias, de entonces (65%) se reducen hasta el 41%, mientras que las valoraciones positivas, claramente minoritarias (24%), se tornan mayoritarias (51%). El cambio de opinión de los nacionalistas, por un lado, y un cierto *síndrome de Estocolmo* colectivo, por el otro, favorecen esta inversión de las valoraciones, que, no por coyuntural, debe alertar sobre la fragilidad de los valores democráticos en la sociedad vasca. Esto no impide que la inmensa mayoría de los vascos (88%), incluida la mitad de los votantes de EH, considerase en la última primavera de 2001 que «hoy en Euskadi se pueden defender todas las aspiraciones y objetivos políticos sin necesidad de recurrir a la violencia», algo que rechazaba entonces uno de cada diez vascos (un 43% de los votantes de HB y sectores muy minoritarios del nacionalismo gobernante).

### 3. UN NÚCLEO SUBCULTURAL: EL ETNICISMO EXCLUYENTE

Como decíamos, uno de los factores explicativos de la cristalización de esta subcultura de la violencia hay que relacionarlo, necesariamente, con la versión más radical del nacionalismo sabiniano y su encapsulamiento socializador. La construcción de una definición etnicista y excluyente de lo vasco lleva al enfrentamiento comunitario, incluso cuando, como en nuestro caso, solo existen dos comunidades en el imaginario colectivo y en la posición estratégica de una de ellas. El terrorismo comunitarista basa su éxito en el logro de tal enfrenta-

miento, administrando la irradiación social y política de este núcleo subcultural a base de secuestrar ideológicamente al nacionalismo en su conjunto. Por eso, la encrucijada estratégica del nacionalismo vasco se produce por su incapacidad, si no rechazo, a asumir la realidad de una identidad plural en Euskadi. La realidad es tozuda y los sentimientos profundos de la sociedad vasca vienen dividiéndose en partes prácticamente iguales entre nacionalistas y no nacionalistas, a pesar del dominio social e institucional de aquellos, desde el comienzo del autogobierno. Pero, como muestra el siguiente Gráfico 3, lo que al principio era un dominio del sentimiento nacionalista, desde el fracaso de Lizarra-Garazi se ha invertido a favor del sentimiento no nacionalista, al reducirse la compatibilidad de aquel sentimiento con la moderación autonomista de una parte del electorado. Por tanto, la radicalización etnicista del nacionalismo no hace más nacionalistas, si no menos, pero puede hacer imposible un modelo de convivencia basado en identidades plurales para que sea inevitable la confrontación de las identidades incompatibles.

Gráfico 3: Evolución del sentimiento nacionalista de los vascos, 1987-2001



Esa es la lógica fundamental que está detrás de la comunión nacionalista de Lizarra-Garazi cuando, dividiendo su mundo entre abertzales y españoles, trata de excluir de los derechos democráticos a todos aquellos que no acepten su *ciudadanía étnicista*. Este es el prerrequisito de su llamada *democracia vasca* (recuérdese la llamada *Alternativa Democrática* de ETA-HB de 1994), sin el cual es absolutamente inviable su proyecto nacionalista, pero que requiere la deslegitimación previa de las actuales instituciones democráticas mediante su retórica del *nosotros/ellos*. Con la coartada de librarnos de su terror, los terroristas logran imponer su definición subcultural de la comunidad política, convirtiendo en su rehén a toda la sociedad de la mano del nacionalismo.

Sin embargo, como muestra el siguiente Cuadro 4, la identidad étnicista del nacionalismo vasco, que proclama la incompatibilidad vasco-española, sigue siendo minoritaria (25%), frente a la mayoría de una sociedad vasca (63%) adherida a una identidad dual, predominantemente vasquista y sin que exista una réplica simétrica ultranacionalista española que rechace lo vasco o, simplemente, lo subsuma en una identidad homogeneizadora (5%). La transitividad y la encrucijada del nacionalismo vasco, son evidentes, si observamos cómo el núcleo subcultural del vasquismo excluyente aglutina al electorado de EH y, en menor medida, de EA, pero divide al del PNV entre esta opción y la identidad dual.

Cuadro 4: IDENTIDAD NACIONAL SUBJETIVA DE LOS ELECTORADOS VASCOS DE 2001

	EH %	IU %	PNV-EA %	PP-UA %	PSE-EE %	ABST %	TOTAL %
Solo español	-	1	1	17	8	8	5
Español > vasco	-	2	1	20	7	6	4
Vasco y español	2	49	23	57	68	44	37
Vasco > español	12	33	33	3	11	17	22
Solo vasco	81	6	39	-	2	13	25
NS/NC	5	9	3	3	4	12	7
n	129	98	673	115	192	251	1800

Fuente: Euskobarómetro 2001/1

Como se puede comprobar, el núcleo subcultural del vasquismo excluyente se concentra en el electorado de EH (81%), que destaca por su homogeneidad étnicista frente a la heterogeneidad del resto de la sociología nacionalista. Con todo, la mayoría del nacionalismo excluyente se encuentra hoy entre los apoyos electorales del nacionalismo gobernante (39%). Por el contrario, en frente no hay un núcleo comunitario español excluyente y simétrico, predominando la transitividad y las definiciones plurales en todos los electorados, aunque con modulaciones y sensibilidades diversas, que incluyen a buena parte del nacionalismo más moderado.

#### 4. JUGAR CON FUEGO: EL CHANTAJE ANTISISTEMA

La dinámica subcultural se ahoga si no obtiene respuesta en sus entornos sociológicos más cercanos, ya sean nacionalistas o de izquierda más radical. El chantaje terrorista que la instrumentaliza busca ablandar o permeabilizar estas sociologías cercanas para hacerlas girar en torno a sus argumentos y objetivos políticos. Sin embargo, su empeño está llamado al fracaso, cuando se encuentra con el muro de la incomprensión y el aislamiento políticos, que la institucionalización y la legitimación democráticas producen. Por lo tanto, la pieza clave de esta es-

trategia, además de los apoyos directos cosechados por los terroristas a través de los representantes políticos insertados en su red instrumental, se sitúa en el terreno y la receptividad del nacionalismo gobernante. Se trata de la impresionabilidad de éste para aceptar el chantaje político de los terroristas. Este chantaje, obviamente, no puede ser más que antisistema, deslegitimador y rupturista, aunque utilizando todos los resortes institucionales y las garantías democráticas del sistema.

En este sentido, es muy útil la comparación de la trayectoria de los nacionalismos gobernantes, vasco y catalán. El comportamiento de ambos nacionalismos ha sido notablemente distinto, a pesar de coincidir en la pretensión de apropiación política de su comunidad respectiva y del carácter extractivo de su estrategia de relación con los gobiernos de la nación. El nacionalismo moderado catalán, seguro de su posición por la debilidad de sus competidores, ha desarrollado una estrategia de cooperación, basada en el pragmatismo político y en la lealtad constitucional. El nacionalismo vasco democrático, más fragmentado y chantajeado por el terrorismo *abertzale*, ha preferido la maximización política del conflicto y ha alardeado de su deslealtad constitucional, intentando hacer ver que mantenía un equilibrio necesario para la contención deslegitimadora del terrorismo. Los acuerdos de Lizarra-Garazi en torno a la secesión del País Vasco y a la construcción de la *gran Euskal Herria*, con las consecuencias políticas de todos conocidas, son el acto final de tal estrategia.

Primero, en la transición, el nacionalismo tradicional jugó a la semideslealtad constitucional, utilizaba sus posibilidades pero no legitimaba sus instituciones, lo que le evitaba tener que definirse ante los abertzales violentos, al tiempo que tomaba posiciones para la discusión estatutaria. Después, en el autogobierno, intentó apropiarse en solitario del capital político que había generado el consenso estatutario, aprovechándose de las concesiones que las fuerzas políticas democráticas españolas le hacían en reconocimiento de una *deuda his-*

*tórica* con los vascos, por un lado, y a su supuesto papel de moderación y legitimación institucional frente al totalitarismo del terrorismo abertzale, por el otro.

El consenso, semileal y a regañadientes, de la transición constitucional y estatutaria, dio paso, sintomáticamente, a una apropiación instrumental del autogobierno en la primera legislatura de carácter institucionalizador. El PNV introdujo en esos años la *política de adversarios*, sin que le repugnase políticamente el aprovechamiento de la mayoría relativa que le facilitaba el abstencionismo institucional de HB ni la política de exterminio que el terrorismo abertzale estaba aplicando a la UCD en Euskadi. Construyó institucionalmente el país a su imagen y semejanza, tirando por la borda los consensos con la oposición, y, cuando menos, sin facilitar los acuerdos y el abandono del terrorismo por parte de los polimilis.

El empacho político de esta estrategia le llevó, una vez más, a la guerra fraccional y a la división, algo que, a su pesar, ponía a la política vasca en la senda de la *política consociativa* de la coalición y los acuerdos. Solo la pérdida del poder situó al PNV ante su verdadera encrucijada, optando por lo que parecía una rectificación hacia la vía de la moderación y el pragmatismo, algo que rápidamente fue incentivado por la política de Estado de los socialistas en el poder. Los sucesivos gobiernos de coalición, casi siempre mixtos, y la política de pactos como el de Ajuria-Enea permitieron al nacionalismo recuperar su centralidad y, sobre todo, maximizar sus aspiraciones con escaso coste político, gracias a la política de concesiones de los socialistas, que esperaban que éste fuese el camino del definitivo acomodo del nacionalismo, al tiempo que se conseguía el final del terrorismo.

Bastó una década escasa para que se pudiese ver el final del túnel del terrorismo y el nacionalismo, en su conjunto, comenzase a erosionarse por una política que tendía a normalizarse en el pleno juego de la competición de ofertas programáticas, sobre todo, en el juego de la derecha y la iz-

quiera. De tener más del 60% de los votos en las elecciones de los años ochenta y más de dos tercios de la representación parlamentaria en la arena autonómica y foral, el nacionalismo perdió por primera vez en las elecciones legislativas de 1993 y a partir de las autonómicas de 1994 su respaldo electoral ha ido bajando significativamente elección tras elección.

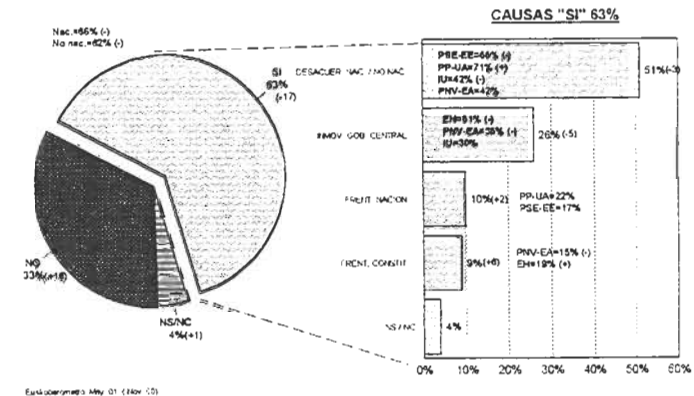
Este nuevo escenario coincidía desde 1992 con una pérdida clara de la capacidad operativa de los terroristas, que encuentran en la llamada *kale borroka* una forma de terrorismo de sustitución y de entrenamiento y selección de una nueva cantera de relevo generacional a partir del año 1995, sin que el nacionalismo gobernante asumiese con determinación y eficacia su responsabilidad de prevenir y reprimir esta forma de terrorismo, que estaba generando desorden público e inseguridad, de la que comenzaban a ser víctimas los propios nacionalistas. En el verano de 1998 el 91% de los vascos consideraba muy o bastante graves los efectos de la llamada violencia callejera. Esta sensación vuelve a reproducirse, si no a agravarse, si tenemos en cuenta que a finales del año 2000 el 89% de los vascos, sobre todo los no nacionalistas (95% frente al 81% de los nacionalistas, incluido el 66% de los votantes de EH), volvían a tener la misma sensación.

La encrucijada del nacionalismo vasco para superar su desgaste político y los límites sociológicos de su estrategia, por no reconocer el error de su pacto con los violentos, han puesto a toda la sociedad vasca ante una auténtica encrucijada histórica. Obcecación ideológica, miseria moral, miedo a los terroristas, vértigo ante la posibilidad de perder el poder y, sobre todo, desprecio a una opinión pública mayoritariamente autonomista, que se mostraba, por primera vez, articulada y movilizadora en torno a opciones políticas no nacionalistas llevaron al nacionalismo gobernante a una huida hacia delante.

El pacto con el nacionalismo terrorista, a espaldas de sus socios populares y socialistas en Madrid y Vitoria, y la vuelta a la *política de adversarios*, tras la ruptura del pacto de Ajuria-

Enea, introdujo una dinámica frentista entre soberanistas y autonomistas, que trata de transferir la encrucijada de los nacionalistas a toda la sociedad vasca, aún a riesgo de fracturarla gravemente. En efecto, son los propios vascos los que reconocen de forma mayoritaria (63%) y sin distinción de credo, como se puede comprobar en el siguiente Gráfico 4, que la crispación social afecta a su vida cotidiana en forma de discusiones, enfados o tensiones en sus relaciones sociales primarias (parientes, amigos, vecinos o compañeros de trabajo). Y esto por efecto, justamente, de la política de enfrentamiento polarizado desencadenada por el nacionalismo desde el acuerdo de Lizarragarazi. Como se puede comprobar, el núcleo subcultural encabezado por EH vuelve a aglutinar a una cuarta parte de los vascos en torno al argumento de que la responsabilidad es de la intransigencia centralista, frente al doble que lo atribuye al enfrentamiento comunitario entre nacionalistas y no nacionalistas. Los vascos aciertan en el diagnóstico, sin percatarse del todo de estar atrapados en la red subcultural del terrorismo.

Gráfico 4: PERCEPCION DE LOS VASCOS SOBRE EL INCREMENTO DE LA CRISPACION SOCIAL Y SUS CAUSAS



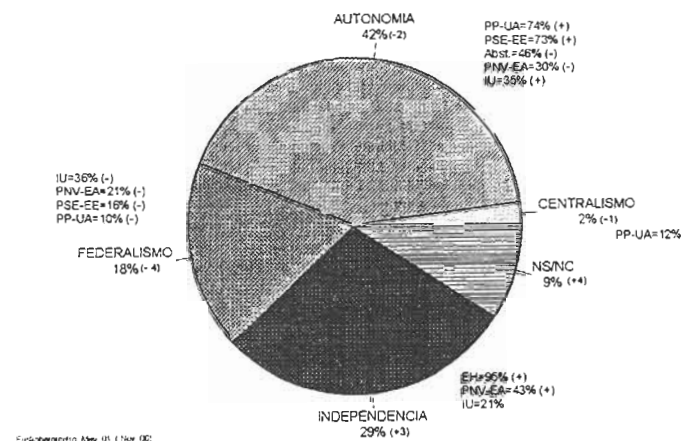
Aquel espejismo narcotizante del cese temporal del componente más brutal del terrorismo abertzale trataba de interferir en el resultado electoral, torciendo la dinámica imparabla que se venía produciendo en la sociedad vasca y, sobre todo, tratando de condicionar el libre pluralismo de la sociedad vasca, mediante el secuestro político de su futuro. Pero, el experimento se ha saldado con otro estrepitoso fracaso del nacionalismo, el segundo en veinte años, pero más grave que el primero. El ignominioso pacto estratégico con los terroristas solo les permitía el reencuentro en el sabinianismo más rancio, retrógrado y totalitario, revestido de una retórica soberanista y etnicista, pero no servía ni para calmar al terrorismo, ni para integrar políticamente a sus representantes, echando por la borda uno de los logros más notables de la década anterior: la gobernabilidad de nuestro complejo pluralismo.

La confusión ideológica de una concepción organicista de la democracia, basada en una supuesta tradición municipalista, les llevó a tratar de deslegitimar el modelo institucional vigente con el espejismo de *Udalbiltza*, en la que los dos tercios de los concejales del país representan a la mayor parte de los ayuntamientos (alrededor del 80%) controlados por la comunión nacionalista, pero no llegan a representar el 20% de la población vasca. Su modelo de democracia orgánica y excluyente partía la sociedad en dos, moviendo la anterior línea divisoria entre demócratas y fascistas para situarla entre soberanistas y españoles (al decir de ellos), incapaces de asumir y entender que la única política posible de nuestro *pluralismo polarizado* es la de pactos, que se concreta en los modelos *consociativos*.

Sin reparar en las consecuencias de tal estrategia y demostrando un increíble desconocimiento de la sociedad vasca, ha conseguido fracturarla gravemente (salvo que esto fuese, precisamente, lo que se estaba buscando, porque se la conocía demasiado bien). Hasta tal punto, que es muy posible que el estropicio sea irreparable. Y es, igualmente posible, que

esa sea, precisamente, la condición necesaria para una calculada estrategia secesionista, que, por lo demás, no quieren la mayoría de los vascos, como muestra el siguiente Gráfico 5.

Gráfico 5: ALTERNATIVAS SOBRE LA FORMA DE ESTADO



En efecto, solo algo más de una cuarta parte de los vascos aboga por la independencia (29%), que es casi la opción unánime de los votantes de EH (95%) e importante de los de la coalición PNV-EA (43%), a los que se suman uno de cada cinco votantes de IU. Por el contrario, es el actual estatus autonómico, más o menos enriquecido con una ambigua fórmula federal, el que aglutina a la inmensa mayoría de los vascos (60%), incluidos algo más de la mitad de los que apoyan al nacionalismo gobernante (51%).

## 5. LIMPIAR EL TERRITORIO: LA ESTRATEGIA DEL DESISTIMIENTO

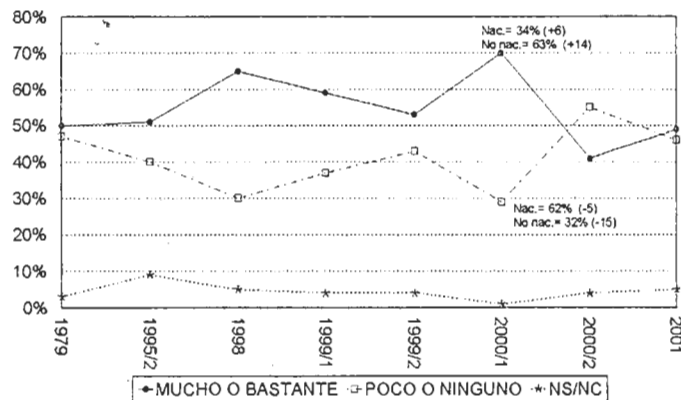
Desde que la socióloga alemana, E. Nölle Neumann, formulara su teoría de la *espiral del silencio*, para referirse a su país, las situaciones se repiten y se agravan en muchas sociedades. En el caso de la sociedad vasca es el resultado evidente del terrorismo y de la subcultura de la violencia. La estrategia de *socialización del sufrimiento* y la llamada *violencia de persecución* formuladas y desencadenadas por el conglomerado terrorista abertzale no tratan de conseguir otra cosa que tal espiral del silencio, que desemboca en el desistimiento. Esta dinámica social hace, en primer lugar, que una parte de la sociedad (la autonomista o la no nacionalista) no se atreva a expresar libremente sus opiniones o preferencias, políticas o de cualquier otro tipo, por miedo a ser identificado con el *enemigo* o, simplemente, con el *otro* etnicista. Pero, en segundo lugar, esta espiral del silencio se agrava con una nueva dimensión que lleva a una parte importante de la sociedad a tener miedo a las consecuencias del cambio que desea, en una suerte de *dilema del prisionero*, interiorizando la estigmatización etnicista de las opciones de su preferencia.

El totalitarismo terrorista abertzale se hace permanentemente presente en nuestra vida cotidiana, siguiendo su macabro guión de guerra. El terrorismo busca la sumisión de la sociedad civil y ésta sólo es posible mediante la subversión de los valores, el desistimiento político y el silencio cómplice. Si la primera nos lleva a justificar y comprender sus motivos para matar, compartiendo su lenguaje y sus argumentos, lo segundo nos aboca a la concesión, total o parcial, de sus objetivos políticos, con tal de que nos perdonen la vida, mientras que el silencio nos mete de lleno en la ciénaga de la cobardía y la pérdida de dignidad, aunque sólo sea por un mie-

do, irrefrenablemente humano. Cualquiera de los tres síndromes, y los tres a la vez, son el final de la sociedad, de la democracia y de la política misma.

Una tal estrategia sólo es viable, si es capaz de aterrorizar a la sociedad, sintiéndose todos los ciudadanos posibles víctimas, por activa o por pasiva, ya sea como *objetivos potenciales* o ya sea como *efectos colaterales*. Basta comprobar la creciente victimización colectiva que supone la sensación mayoritaria (49%) de miedo a participar en política, que perciben los vascos en su entorno, que, tal como muestra el Gráfico 6, afecta, sobre todo, a los no nacionalistas (62%), pero del que no se sustraen los propios nacionalistas (34%). Llama la atención, sin embargo, el cambio producido en el último año, si tenemos en cuenta que en la primavera del año 2000, a los pocos meses de reinicio de la actividad mortífera de ETA, esta sensación de miedo obtenía su máximo del 70% y afectaba mayoritariamente a nacionalistas (58%) y, sobre todo, a no nacionalistas (80%). La reacción de los movimientos ciudadanos llevó al mínimo esta sensación (41%) a final de año. Sin embargo, el resultado electoral y el mantenimiento de la incertidumbre política han hecho rebotar de nuevo el miedo tras las últimas elecciones autonómicas. Lo más significativo es que estas oscilaciones afectan por igual y en paralelo a ambos mundos, el nacionalista y el no nacionalista.

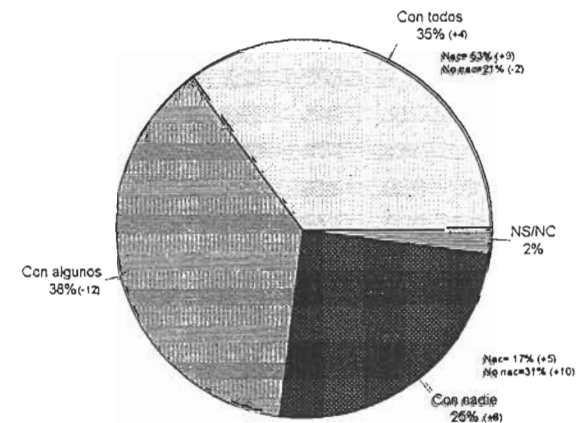
Gráfico 6: Evolución del sentimiento de miedo de los vascos a participar activamente en política, 1979 y 2001



Con esa habilidad perversa, propia del fascismo, para invertir el significado de las palabras, la red terrorista advierte (amenaza) cada día a la ciudadanía de que, si no se porta bien, si no se somete a sus dictados por las buenas, ellos van a *socializar el sufrimiento*, es decir, van a intentarlo por las malas, metiéndoles el miedo en el cuerpo a cualquier precio. La intervención terrorista (asesinatos, sabotajes y extorsión combinados) es la que dota de verosimilitud y capacidad de chantaje a la red. La forma de aterrorizarnos a todos es, precisamente, haciéndonos interiorizar que cualquiera podemos ser sus víctimas y esto se consigue visualizando tal aleatoriedad, bajo una apariencia selectiva de los objetivos. Buscan la desbandada, buscan la corrupción de la capilaridad de nuestra cultura democrática, la destrucción de nuestro sistema democrático de valores. De este modo, como muestra el siguiente Gráfico 7, un contingente creciente de vascos (uno de cada cuatro después de las últimas elecciones autonómicas) no se siente libre para hablar de política con nadie y solo un tercio lo puede hacer con todo el mundo (entre ellos, más de la mi-

tad de los nacionalistas). Esta asimetría creciente del terror afecta también a otro de los mecanismos para sustraerse, al menos aparentemente, a sus efectos: la huida. En efecto, el exilio y la emigración silenciosos es algo que está sucediendo desde mediados de los años ochenta, en los que los saldos migratorios se tornan negativos año a año, dando un vuelco histórico a un patrón demográfico centenario en Euskadi. Desde 1988 han abandonado el país más de 200.000 ciudadanos, lo que supone alrededor de un 10% de la población. A esta realidad hay que añadir la de que en torno al 15% de los vascos, sobre todo no nacionalistas y jóvenes preparados, estén pensando en abandonar el país buscando, simplemente, un lugar más habitable para vivir.

Gráfico 7: LIBERTAD PARA HABLAR DE POLITICA



Euzkoaberriratz May 01 (146-00)

Sin embargo, donde la red terrorista se emplea a fondo es en la «limpieza» del territorio que domina y en la que impone su férreo control social. Aplicando el zoom a esta com-

pleja realidad política vasca, nos encontramos con uno de esos patrones al que podemos denominar, territorio o *fortaleza udalbiltza*, por utilizar la denominación que los firmantes del Pacto de Lizarra-Garazi han dado a uno de sus instrumentos políticos, basado precisamente en la asociación de sus representantes locales a partir del control nacionalista de este tipo de municipios. Este instrumento de contrapoder y de control del territorio, daba satisfacción al totalitarismo abertzale y trataba de definir un «territorio liberado» en el que desaparecería la presencia del Estado democrático, impondrían sus propias reglas de juego y, sobre todo, se excluía a los que no comulgaban con el nacionalismo.

La *fortaleza udalbiltza* en el País Vasco (recuérdese que también hay este tipo de territorio en Navarra y el Departamento francés de los Pirineos Atlánticos) está constituida por la inmensa mayoría de los municipios (casi el 80%), que son menores de 10.000 habitantes, que aglutinan a algo más de los dos tercios de la representación local (unos 1.700 concejales), pero que no llegan a los 350.000 habitantes, que son alrededor del 16% de los vascos. Lo peculiar de este territorio es que es menos denso demográficamente, es más tradicional en su estructura social y sus comportamientos subculturales, todo el mundo se conoce, la trama y la eficacia del control social es mucho más notoria, la homogeneidad demográfica es máxima y, sobre todo, lo es el monocultivo político. En estas poblaciones el monopolio nacionalista es absoluto y, en bastantes casos, lo es la hegemonía del totalitarismo abertzale, porque es en este tipo de municipios en donde EH obtiene sus mayorías absolutas. Es, por tanto, un espacio donde la homogeneidad etnicista es un hecho y donde no hay sitio para el pluralismo político dominante en la sociedad vasca.

Contrasta, por tanto, con el conjunto del País Vasco, caracterizado por su pluralismo político y por su polarización entre nacionalistas y autonomistas, entre izquierda y derecha

o entre violentos y demócratas, que se concretan en siete ofertas partidistas. Además, con mayor o menor dificultad, tal pluralismo dispone de sus propias redes en la estructura social, con una presencia variable, sobre todo, en los medios urbanos, que es la característica predominante de nuestra sociología. Sin embargo, lo específico de la *fortaleza udalbiltza*, si exceptuamos parte de los municipios de la periferia alavesa y algún otro caso aislado, es precisamente la homogeneidad etnicista de su tejido político. En efecto, en este territorio solo hay sitio para los nacionalistas y para su simbología y sus rituales. Hay de aquel a quien se le ocurra cometer la osadía de intentar romper tal equilibrio ecológico, todos conocemos las consecuencias de tal atrevimiento. Las mayorías absolutas, el férreo control social, la socialización intensiva en los símbolos y los valores etnicistas excluyentes, el miedo (también el miedo, aunque sea inconsciente, de los propios nacionalistas) hacen inexpugnable esta fortaleza. Es el territorio en el que se hace efectivo el llamado dni vasco o en el que pueden triunfar consignas como la huelga general o las llamadas a la abstención del mundo abertzale violento, además de otras circunstancias menos convencionales que cualquiera se puede imaginar. Es el territorio donde los experimentos de la llamada «desobediencia civil», como el propio dni vasco, la negativa al reclutamiento para el servicio militar, la apertura de colegios públicos el día 12 de Octubre o el 6 de Diciembre (para hacer puente al día siguiente) y otras desobediencias, hacen desaparecer al Estado democrático.

Con ser ya relevante lo anterior, lo más significativo es la sublimación de esta realidad minoritaria y residual hasta convertirla en un paradigma de lo que debe ser el país, en la quintaesencia de la nación imaginaria. De este modo, con la máquina de matar y aterrorizar activada y una concepción organicista de la democracia (?), el mecanismo *udalbiltza* se convierte en un espejismo etnocéntrico del mundo homogéneo, rural y tradicional del nacionalismo vasco, que preten-



de, además de reunir a todas las ramas de la comunión nacionalista, utilizarlo como germen y experimento excluyente de la pluralidad no nacionalista existente en la sociedad vasca. Es, además, un instrumento de acción política del nacionalismo más radical con vistas a la construcción de una comunidad etnocéntrica, que legitime un proyecto de unidad territorial por encima de las actuales fronteras administrativas cuyo fin es la secesión política de España y Francia (?).

Su activación y materialización a partir de 1998 ha sido posible por la comunión de fines/principios de todas las versiones del nacionalismo, aquejadas de una grave neurosis colectiva fundacional, agravada por la obsesión ante el fracaso y la impotencia frente a unos molinos de viento, convertidos en gigantes opresores por su mente enferma. Es el resultado inevitable de una obcecación ideológico-religiosa secular (que no laica) de una tradición inventada, según la cual, y sobre la base de compartir una misma lengua de origen y parentesco desconocidos, los vascos constituyen un *pueblo elegido*, con una unidad territorial y política desde tiempo inmemorial, que un *enemigo exterior* (España, los españoles, el Estado español) les arrebató, arruinando su *estado natural de felicidad* y condenándoles a sufrir agónicamente un *éxodo interior* hasta recuperar la *patria perdida*. ETA es el vicario vengador y la sangre de sus víctimas el precio necesario e inevitable para la salvación nacional, que nos habrán de redimir de los vínculos paganos, de la herejía laica, de la traición heterodoxa o de los simples pecados de omisión. Por eso, la necesidad que tiene la red terrorista de controlar su territorio, en el que practica la exclusión política y el exterminio físico de los autonomistas, de momento, en versión socialista o popular.

## 6. QUERER ES PODER: LA UNIDAD DEMOCRÁTICA

El miedo y la inseguridad se instauran en nuestra sociedad porque hay alguien que los produce mediante el terror, siendo su red *civil* la encargada de articular y administrar las evidencias sociales del mismo. El miedo y la inseguridad se producen porque hay terrorismo, pero se reproducen y amplifican porque éste actúa en una red subcultural. Los que rechazan la acción policial o mantienen reticencias sobre su eficacia u oportunidad, suelen decirnos que, incluso acabando con el terrorismo, no acabaremos con el germen subcultural de la violencia. Se equivocan profundamente. Acabar con el terrorismo supone el desmoronamiento de su red organizativa y, sobre todo, el fin de su principal recurso de control social: la intimidación. Acabar con el terrorismo exige, ante todo, una buena y eficaz acción policial, basada en la determinación política, en el consenso democrático y en la coordinación entre administraciones, que incentiven la moral de los servidores del orden y la colaboración ciudadana con ellos. Esto es todo lo contrario a las dudas políticas, al mercadeo partidista o a la competición entre cuerpos, de los que estamos sobrados. Será cuestión de más o menos tiempo, pero también tiene que ver con la mayor o menor voluntad e inteligencia políticas, además del factor suerte. Es evidente, por tanto, que para utilizar la máquina terrorista de matar es necesaria la voluntad de hacerlo, pero ésta no basta.

Sin embargo, basta con querer para poder acabar con la intimidación y la capacidad de chantaje de la red subcultural del terrorismo. Para ello es imprescindible su aislamiento político y social, incluida la asfixia económica. En lugar de premiarles con la impunidad en todos los ámbitos de la vida cotidiana (se suele decir que para «no provocarles» o evitar su «victimismo»), basta con aplicarles la ley sin contemplaciones (el principio de autoridad está mal visto en Euskadi, sobre todo en la familia y en los centros educativos). En lugar

de que seamos los ciudadanos de orden los que estemos agobiados por la inseguridad que ellos generan en la calle, deben de ser ellos los que sientan la inseguridad por sus acciones y actitudes antisociales. En lugar de que tengamos que ser los ciudadanos los que tengamos que hacer frente a sus agresiones y a su intolerancia, deben ser las fuerzas de seguridad, autorizadas legítimamente, las encargadas de responderles con contundencia, poniendo orden. En lugar de cederles todos los espacios públicos y simbólicos, las instituciones deben asumir la responsabilidad de su aislamiento. En lugar de premiarles con subvenciones y ayudas de todo tipo, deben adoptarse medidas de asfixia económica. En lugar de jalea y compartir sus fines y sus principios, sus símbolos y sus rituales, debe producirse un embargo ideológico de los mismos.

Es, simplemente, una cuestión de valores democráticos (defensa de los derechos humanos, incluida) y de claridad de ideas e intereses frente al totalitarismo. De lo contrario, puede darse la feliz paradoja de que, mientras discutimos si son galgos o podencos, la acción policial acabe produciendo el milagro de la asfixia operativa de los terroristas, sin que nos hayamos puesto manos a la obra de la defensa unitaria de dichos valores democráticos.

Para ello, es imprescindible la renuncia a servirse, por activa o por pasiva, de los beneficios políticos colaterales de la acción de la red terrorista, tomando conciencia de que el único y principal efecto que produce es la destrucción de la convivencia democrática y de la textura moral de nuestras sociedades. Esto solo se puede conseguir instaurando o restaurando el consenso entre las fuerzas políticas democráticas respecto a la lucha contra el terrorismo en todas sus formas, el aislamiento de sus redes de apoyo y control social y la asfixia política y social de su subcultura totalitaria de exclusión y muerte.

## SUMARIO

Introducción. La sangre de las naciones. Identidades nacionales y violencia política.—ANTONIO ROBLES EGEA .....	7
La mística del patriotismo en el pensamiento francés.—JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD .....	25
La sangre perturbada. Matrimonio y redefiniciones de la identidad nacional vasca.—ENRIC PORQUERES .....	59
Identidad republicana/identidad étnica: el paradigma macedonio.—JEAN FRANÇOIS GOSSIAUX .....	93
Los derechos colectivos desde la perspectiva constitucional española.—JUAN JOSÉ SOLOZABAL .....	111
Nacionalismo radical: milenarismo y violencia política.—ANTONIO ROBLES EGEA .....	167
Contestación nacionalista y criminalización de la política. El caso de Córcega.—JEAN LOUIS BRIQUET .....	193
El nacionalismo en Irlanda del Norte.—ROGELIO ALONSO .....	231
La red terrorista: subcultura de la violencia y nacionalismo en Euskadi.—FRANCISCO J. LLERA RAMO .....	265
Índice .....	297
Relación de autores .....	299